San Agustín de Hipona fue uno de los más grandes defensores de la doctrina cristiana, dedicó gran parte de su vida a escribir sobre teología y filosofía. Dentro de gran parte de sus obras podemos observar un tema de vital importancia tanto para él como para toda la historia del cristianismo, incluso de la humanidad: el mal.

El maniqueísmo fue una secta religiosa fundada por un persa llamado Mani, considerado el gran profeta que traería la salvación. Creían en un dualismo radical acerca de Dios en el que había dos principios eternos que vivían en una constante lucha: el Bien, asociado con el reino de la luz, y el Mal, asociado con el reino de las tinieblas.

Afirmar que hay dos principios opuestos resulta muy problemático para Agustín pues si Dios constituye una dualidad y el Mal podía ejercer algunas veces un daño sobre el Bien, que es Dios, entonces Dios es corruptible. Además de que él no concebía cómo es que ellos preferían creer que el mal procedía de Dios y no de ellos mismos.

Una vez que Agustín rechazó la explicación que daban los maniqueos al mal, empieza entonces a preguntarse de dónde proviene éste. No le queda duda alguna de que el mal no procedía de Dios, pues Dios es la misma bondad y nada malo puede emanar de Él.

> *"¿Quién puso esta voluntad dentro de mí? ¿Quién sembró esta semilla de amargura en mí, habiendo sido hecho por mi Dios, que es la dulzura misma? Y si la puso el diablo, ¿quién hizo al diablo?"*
> **(Rodríguez, 2016; pp. 140).**

Ahora bien, si el mal en definitiva no proviene de Dios ya que Él es infinitamente bueno y en su bondad no puede desearlo; ¿Qué respuesta da